

¿HAN LEIDO A CARREÑO?

De pronto, en la reunión de sobremesa saltó uno y dijo:

— ¿Se acuerdan de Carreño?

— ¿Carreño?

— Sí. Don Antonio Carreño.

Pareció como si el nombre sonara de manera familiar.

— Carreño, el famoso don Antonio Carreño, el autor del Manual de Urbanidad. ¿Se acuerdan?

— Ya lo creo — dijo uno, cuarentón, de cabellera grisácea. — Mi padre solía leernos capítulos de Carreño. Su nombre se hizo célebre y el dicho "no ha leído a Carreño" era lo mismo que decir mal criado y grosero.

— La verdad — dijo otro — recuerdo el nombre y el libro, aunque no sabría detallar gran cosa, ni del contenido ni del color de las tapas.

Al día siguiente de participar de esta conversación pregunté por el libro de Carreño en la librería de la calle San Diego, donde tengo costumbre de curiosear. No lo tenían. Fui a otra y otra. Por fin encontré el libro, por ocho pesos, en buen estado para sus años. De aspecto venerable como su contenido, se gasta unas tapas muy decorosas, con un color verdoso de jacquet importado de París, que hubiera permanecido guardado en armario. En la segunda página aparece una frase clásica

de Silvio Pellico. En la colindante dice: "Manual de Urbanidad y Buenas Maneras para uso de la juventud de ambos sexos, en la cual se encuentran las principales reglas de civilidad y etiqueta que deben observarse en las diversas situaciones sociales".

Más abajo aparece el pie de imprenta, sin fecha: "París, Casa Editorial Garnier Hermanos, 6 rue des Saints-Peres, 6".

Una vez provisto del libro, me fui caminando al diario. En la biblioteca pedí diversos diccionarios.

— ¿Quién fué Carreño? ¿Dónde nació este hombre notable? Comencé a volver las hojas de los libros por la letra C...

Su nombre no aparece en ninguno, ni en el Espasa Calpe, ni en el Hispanoamericano, ni en el de Figueroa. ¿Es posible que nadie sepa quién fué don Antonio Carreño? Pedimos por teléfono a la Biblioteca Nacional. Ahí está quien debe saber, en la Sala Medina: el señor don Guillermo Feliú Cruz.

— Alo. Sí. Con LA NACION. ¿Cómo está usted? Dígame señor: ¿Recuerda a don Antonio Carreño? Sí. El autor del Manual de Urbanidad. Sí. No se ría usted, señor Feliú. No es chunga. ¿Recuerda usted de dónde era el señor Carreño? Ah, sí. Ya decía yo que usted debía saber. Sí, sí. Chileno, hijo de carlista es-

pañol. Se batió con el grado de sargento mayor. Profesor primario... tuvo una escuela en Valparaíso. Muy bien. Nació en 1852. Se llamaba Carreño, y Benitez por la madre. Se inspiró en la obra francesa *Savoir vivre*... no recuerda de quién. ¡Muy agradecido, señor Feliú! Adiós y gracias!

De manera que el señor Carreño era chileno y profesor primario. Magnífico. Debí ser un profesor íntegro, de esos que a la vez instruyen y educan. Pero nadie ha podido decirme exactamente dónde nació. Mañana no faltará un lector erudito que me lo diga por carta. Algunas ventajitas ha de tener este oficio de folioculario cotidiano.

A la salida de la biblioteca encuentro a otro de los redactores.

— ¿Sabes qué libro llevo aquí? El Manual de Urbanidad de Carreño. ¿Qué te parece?

— Me parece que las editoriales, en vez de publicar tanto libro que sorbe los sesos a un público sin preparación cultural, haría bien en reeditar a Carreño... eso sí... con apéndice.

— ¿Apéndice? ¿Y para qué?

— Cómo se ve que no recuerdas el texto de Carreño. Abre cualquiera página y comprenderás que su texto es anticuado y no basta para la juventud actual. Se quedó corto.

— ¿Corto?

— Cortísimo. Un Manual de Urbanidad moderno ha de contar docenas de puntos o restricciones, que al bueno de don Antonio no se le pararon por la mente.

— ¿Cuáles?

— Así, por ejemplo, en el dichoso Manual no se dice palabra de la manera de vomitar en el salón de baile; tampoco dice nada de la manera más decorosa de escuchar en un café donde otras personas se sirven su taza. No indica, tampoco, la línea de conducta para el charlador en voz alta durante el espectáculo cinematográfico. Don Antonio vivió en el Limbo. ¿Qué diría de lo muchachos que pasan en pandillas y llaman a silbidos a la "cabra" que va sola en la acera del frente? ¿Qué diría del joven de frac que desocupa su vejiga en la puerta de la casa donde le invitaron a cenar? No, no. Yo no puedo imaginar un Manual de Urbanidad para esta época escrito por el seráfico señor Carreño. El de ahora debería comenzar así: No está bien rascarse la barriga ni meterse los dedos en las narices en el momento de declararse a una cabra. No es de gente muy fina contar cuentos colorados en la mesa, delante de cabras solteras. De todo eso, mucho más, debería ocuparse un manual moderno.